

Anyha Ruiz

Daniel Habif

EL AMOR NO SE RUEGA, SE RIEGA



Anyha Ruiz ————— Daniel Habif

EL AMOR NO SE RUEGA, SE RIEGA

ÍNDICE

Introducción	9
CAPÍTULO 1	
¿Y si mi destino es ser el tuyo?	13
CAPÍTULO 2	
Nos miramos y supimos que teníamos muchos miedos en común	23
CAPÍTULO 3	
¿Y cómo la conquistaste? Me preocupé realmente por ella	41
CAPÍTULO 4	
Existen besos de los que no se puede salir ileso .	55
CAPÍTULO 5	
Tu pareja no es un proyecto comunitario	71
CAPÍTULO 6	
Mención honorífica a las almas que coinciden y se habitan	95
CAPÍTULO 7	
Amar es sumergirse, es resistir bajo el agua	117

CAPÍTULO 8	
En banquetas y banquetes	135
CAPÍTULO 9	
No solo es resistir la tragedia, sino también levantarse del destrozo	165
CAPÍTULO 10	
A la confianza no se llega con atajos	187
CAPÍTULO 11	
Te traje un poco de lo que queda de mí	205
CAPÍTULO 12	
A veces es necesario quemarte las manos para sacar a alguien del Infierno	229
CAPÍTULO 13	
La oveja negra de Dios	257
CAPÍTULO 14	
Salir sin incendiar el nido	275
CAPÍTULO 15	
La esperanza también tiene logística	299
CAPÍTULO 16	
Parejas inquebrantables	319
CAPÍTULO 17	
El arte de permanecer	353

¿Y si mi destino es ser el tuyo?

Las semillas que llevamos dentro

Nadie llega al amor con las manos vacías. Todos cargamos un puñado de semillas que no elegimos del todo. Arrastramos con nosotros la cosecha de lo vivido: los besos que nos enseñaron a querer, las despedidas que nos llevaron a desconfiar, la voz de quien nos hizo sentir invencibles y la sombra de quien nos empujó a dudar de todo. Y sin darnos cuenta, sembramos esas semillas en el terreno del amor. Algunas florecen en ternura, en complicidad, en risas que suenan a hogar. Otras, en cambio, sacan espinas: los celos que envenenan, la inseguridad que carcome, el miedo a perder lo que aún ni siquiera se tiene.

Pero la semilla no es el problema, sino lo que hacemos con ella. Hay quienes riegan la desconfianza hasta que se vuelve una hiedra que asfixia, y quienes dejan que el resentimiento eche

raíces hasta que ya no queda oxígeno. Y luego están los que, aun con las manos llenas de heridas, eligen sembrar respeto, paciencia, generosidad, aunque el suelo esté árido.

Un matrimonio puede ser tierra fértil o campo de batalla. No hay amor inmune a las tormentas. Habrá sequías de orgullo que lo quemen todo y lluvias de egoísmo que amenacen con ahogar hasta lo más hermoso. Pero lo que define su destino no es el clima, sino el oficio. Amar no es decir “te quiero” en primavera, sino quedarse a podar en invierno. Es arrancar las malas hierbas de la historia sin miedo a ensuciarse las manos. Es regar la paciencia cuando el otro falla y podar las ramas del orgullo cuando crecen demasiado. Es entender que lo único que florece sin esfuerzo son los problemas.

Porque nadie llega intacto. Todos traemos grietas, raíces torcidas y espinas que duelen al tacto. Pero cuando dos deciden plantar juntos, cuando eligen nutrir lo bueno en vez de alimentar lo podrido, el amor sobrevive. Se vuelve testimonio de que, con cuidado y con coraje, hasta los terrenos más golpeados pueden florecer.

Daniel

En mi casa éramos seis: mi mamá, mi papá y cuatro hijos. Yo era el menor. Aunque nació cuando mis padres seguían casados, su separación llegó tan pronto que nunca tuve un verdadero referente de pareja. A mis seis años, su matrimonio ya estaba hecho pedazos.

Mi padre era un cazador de amores, así que su ejemplo distaba mucho de ser inspirador. Mi única guía en el amor fue mi madre. Creo que me inculcó lo que ella deseaba: que ninguna otra mujer tuviera que sufrir. Sus palabras eran claras, casi como una advertencia: “Si vas a tener novia, sé fiel y leal. Si quieres acostarte con mil,

entonces no tengas novia. Lo único que te pido es que seas transparente y honesto; no le mientas a una mujer ni le hagas perder el tiempo”.

Nunca construí una relación con mi padre. Con mi madre, en cambio, fue distinto: entre nosotros siempre existió amor y admiración mutua. ¿Cómo no respetar a una mujer que sacó adelante a cuatro “barbajanes”? Más aún, ¿cómo no valorar a quien me enseñó que el amor es un pacto y una decisión? Su rostro es el de tantas madres que, con amor y sacrificio, han sacado adelante a sus familias en medio de la adversidad. Mujeres que aprendieron a tragarse el miedo y a servirse una ración doble de valentía.

Recuerdo muy bien sus palabras: “Daniel, el amor no es un milagro, es una decisión; el milagro es decidirlo todos los días”. Esa sabiduría ha sido mi guía en mis propias relaciones, donde siempre he procurado invertir esfuerzo, paciencia y, sobre todo, entregarme con honestidad.

Mi madre no solo me dio techo y comida; me ofreció un hogar repleto de valores y principios. Su fortaleza fue mi refugio, y su dedicación, la brújula que me guio en tiempos de incertidumbre. Más que enseñarme a poner los huevos en una sartén, me mostró cómo ponerlos en la vida.

Esta sinaloense de carácter templado, que habla con la fuerza de un trueno, es sencilla y profunda, meticulosamente puntual, educada, sin una pizca de vergüenza y una trabajadora incansable. Se levantaba antes del amanecer para preparar comida que pudiera vender; luego, iba a su jornada en una agencia de viajes y, al anochecer, regresaba a casa para encargarse de sus torbellinos. Crecí viendo a una mujer que convirtió el esfuerzo en su forma de subsistencia.

Por más romántico que suene, mi madre me enseñó que lo material se desvanece, pero el amor y los momentos compartidos trascienden, porque en la memoria del alma nada se borra.

“Cuando mi madre me abraza **hace que el miedo trague saliva**”.

Daniel Habif

Viví intensamente desde muy joven, pero nunca fui de esos que van de picaflor. Al contrario, siempre disfruté de relaciones duraderas. Mi primera novia y yo compartimos casi seis años de vida, entre los once y los diecisiete. Luego, viví un año de soltería, y a los dieciocho tomé una decisión: no quería andar de cama en cama. Prefería apostarle a una sola mujer y construir algo que durara para siempre. Ese sería mi proyecto de vida.

Cuando miraba a mi alrededor, mi reflexión siempre era la misma: “Quiero experimentar la consistencia. No deseo ser como una hoja arrastrada por el viento, sin rumbo ni dirección. ¿Podré amar a una mujer como si fueran mil? Sí, puedo. ¿Puedo descubrir en ella algo nuevo cada día, como el sol que despierta sobre la misma tierra, pero con una luz distinta? Sí, puedo. Voy a vivir con la conciencia despierta, siempre buscando lo sublime en lo cotidiano. No me dejaré llevar por las pasiones efímeras”.

Siempre he sido muy sensible; me conmueven hasta los detalles más insignificantes. Puede sonar bonito, pero en la niñez ser así duele. Por eso, un día mi madre me dijo: “Daniel, un día encontrarás a alguien a quien podrás entregarle todo el amor que te desborda. Cuando la halles, ámala con sabiduría, no con ignorancia ni con toxicidad”.

A veces le reclamaba: “¿Por qué me das consejos si tu matrimonio no funcionó?”. Pero ella, con la paciencia incondicional que tienen algunas madres, me respondía: “No te estoy hablando de lo que hice bien, sino precisamente de lo que hice mal. Me equivoqué con tu padre, con tus hermanos y también contigo. Pero si me escuchas, quizá esto te ayude. Sé que nadie aprende en cabeza ajena, pero toma estos consejos con sensatez”.

Y así, poco a poco, mis primeros años de vida fueron esbozando la idea de mi relación ideal: no la perfección, sino un refugio sagrado donde dos personas vulnerables e imperfectas decidan, día tras día, amarse sin reservas ni límites.

Nunca imaginé que mi destino sería compartir la vida con una mujer que superaría con creces los sueños que un día atesoré.

Anyha

A diferencia de Daniel, mis papás siempre estuvieron juntos hasta que mi madre falleció, hace unos años. Sin embargo, tampoco tuve el mejor ejemplo de pareja: aunque compartían casa, solo funcionaban juntos por breves temporadas.

Apenas nací, mi madre me dejó al cuidado de mi abuelo. Yo era la menor de cuatro hermanos, a la mayor la había tenido a los diecisiete años, cuando aún era una adolescente sin experiencia. Mi abuelo, que me adoraba, me crio como la mejor de las madres: me peinaba, me cosía la ropa, me llevaba y recogía del kínder, y revisaba mis tareas. De hecho, fue mi padre y madre a la vez, porque mi abuela pasaba temporadas en otra ciudad.

A los siete años, mi mamá decidió que ya era hora de que yo regresara a su casa. El primer día con ellos fue un tormento. Los veía mirando la tele, a mi papá comiendo y pensaba: “¿Qué hago aquí?”. Pero la respuesta de mi mamá fue cruda y directa: “Esta es tu realidad. Lo siento”.

Cuando discutíamos, su castigo era prohibirme ver a mi abuelo. Y eso me destrozaba. A los trece, tras una pelea monumental, decidí irme de casa. Mi madre me encontró y me trajo de vuelta, pero el deseo de marcharme no desapareció. A los dieciocho, lo hice de manera definitiva, un día que mis padres estaban de viaje en Monterrey. Aprovechando su ausencia, saqué mis cosas, frente a la mirada atónita de mi hermano, quien no se atrevió a decir una sola palabra. Cuando mi madre regresó y se enteró, me llamó furiosa, pero mi decisión estaba tomada: había salido de mi casa para nunca más volver.

“Prefiero
el corazón
desbordado,
a vacío”.

Anyha Ruiz

Daniel

Gran parte de nuestra historia comenzó con una frase sencilla: “Hola, Dany. Me acordé de ti”. Podría parecer inofensivo o casual, pero en mí desató un universo de significados y emociones. Ese mensaje inesperado apareció en la pantalla de mi teléfono una tarde cualquiera y desató una cadena de eventos que jamás imaginé. Cuando lo recibí, estaba atrapado en la rutina, sumido en mis pensamientos. No era la primera vez que hablábamos, pero algo en esa frase me detuvo. “¿Qué vio en mí? ¿Por qué se acordó?”.

Pasaron los días y nos volvimos a ver. La conversación fluyó sin esfuerzo. Hablábamos de todo y de nada, compartíamos anécdotas, recuerdos y sueños mientras ella hojeaba un disco de The Doors. Leyendo los títulos, se detuvo en *Light My Fire*. Sonrió con picardía, me dijo: “Me voy”, y al despedirse soltó otra frase: “Me avisas cuando llegues”.

Otra vez, una simple petición cargada de preocupación y cuidado. Pero en esas palabras había algo más profundo de lo que ella había expresado antes. Queridos, no son los grandes gestos los que sostienen el amor, sino las pequeñas atenciones. Siempre supe que las palabras tienen un poder inmenso: unen almas, curan heridas y hasta construyen mundos.

“Gran parte de lo más importante
de la vida **cabe en un**
‘¿Ya comiste, mi amor?’”.

Anyha Ruiz

Anyha

Antes de que nuestras sonrisas coincidieran, mi vida era solo trabajo, porque así lo aprendí en mi familia. Pero llegó un momento en el que entendí que debía pensar en mí y perseguir un sueño: estudiar actuación.

A mis 30 años, decidí pelear por un lugar en el Centro de Educación Artística (CEA) de Televisa, donde casi todos entraban a los 18. Parecía que Dios ya había trazado ese camino para mí, porque lo logré.

Sin experiencia, me lancé a algo totalmente nuevo, llevando apenas mi terquedad e ilusión en la bolsa. Para entonces, estaba separada, aunque aún no había firmado el divorcio de mi primer matrimonio. Aun así, me sentía la mujer más libre del mundo: por primera vez hacía lo que realmente quería.

Hasta que, un día cualquiera, mientras ensayaba con mis compañeros dentro de uno de los salones, notamos a un joven de espaldas, con el pelo largo, tocando su guitarra. Lo que sucedió después nos dejó a todos perplejos. Con una firmeza aplastante, él se giró y dijo: “Me iría con gusto, pero yo estaba aquí primero. Ustedes tendrán que ensayar en otro lado”.

Aquel cruce de miradas no pasó de ahí. Jamás imaginé que el destino nos estaba uniendo para nunca separarnos.

**“Tremenda sensación es ver que
te mire los labios”.**

Daniel Habif

Sin fuegos artificiales

El amor rara vez llega con discursos ensayados. No necesita tambores ni promesas grandilocuentes. Casi siempre, empieza en los márgenes, en los detalles que parecen insignificantes, pero que gritan lo que la boca todavía calla.

Una mirada que se demora un segundo más de la cuenta. Una sonrisa que aparece sin permiso. El modo en que alguien se inclina hacia ti cuando hablas, como si cada palabra tuya tuviera

el peso de un secreto. El roce accidental de las manos al caminar juntos, el brillo en los ojos que traiciona la indiferencia.

Son gestos pequeños, casi imperceptibles, pero cargados de significado. No son casualidad. Son la forma en que el interés se asoma antes de atreverse a presentarse. La admiración disfrazada de rutina, la curiosidad vestida de coincidencia.

Porque la atracción no siempre se expresa con palabras. A veces se siente en la energía que cambia cuando el otro está cerca, en la absurda necesidad de encontrar cualquier excusa para volver a coincidir, en esa risa que se escapa cuando nadie más encontró el chiste gracioso.

Algunos ignoran estas señales, las minimizan, se dicen a sí mismos que no significan nada. Prefieren la duda antes que el riesgo o la prudencia antes que la posibilidad. Otros, en cambio, las leen como lo que son: pistas de que algo está naciendo, de que hay un hilo invisible entre dos personas que aún no saben qué serán, pero que ya sienten el vértigo de lo que podría ser.

Y cuando el amor deja de ser un presentimiento y se convierte en certeza, comienza el verdadero desafío: decidir quedarse.

¡Salta!

Amar a alguien es uno de los saltos al vacío más sobrecogedores que puede vivir el ser humano, aunque parezca sencillo responder: “¿En verdad amo a esta persona?”. Si es auténtico, sin caprichos ni arrebatos emocionales, el amor trae consigo la fuerza para superar cualquier desafío con valentía y creatividad. Al final, aquello que el ego separa solo la humildad y el perdón lo pueden unir.

Nosotros creemos en una pareja que, dentro de los parámetros más elementales de la dignidad, sea capaz de navegar toda clase de sequías, tormentas y paraísos. Que, por muy grande o

irreparable que parezca el problema, si Dios está en la ecuación y ambos ponen todo su empeño, podrá hallar un desenlace hermoso. Y aunque a veces Dios haga milagros en un segundo, la verdadera reconstrucción es una victoria que se conquista en procesos, no en eventos aislados.

Oremos por los amores que resisten, por los que no se rinden a la primera herida. Oremos para que nunca te enamores de alguien que te aleje de Dios. Oremos para que, si el amor se ha apagado, vuelvas a enamorarte con todo tu ser. Oremos para que te pierdas en Dios, y quien desee encontrarte tenga que buscarte en Él.

¡Te lo rogamus, no dejes de creer en el amor! Llega hasta la última página y, quizá, al cerrar este libro, descubras que aún hay algo sagrado en la entrega, algo eterno en la decisión, algo divino en la perseverancia.